

ESCENA VII

Iglesia patriarcal de *Santa Eironeia*.—Pórtico.

Llegan lujosos coches, que descargan señorío elegante, de luto. Comparecen abriendo plaza los MARQUESES DEL CASTAÑAR y DE TOBALINA, con sus hijas MARIA JUANA y BEATRIZ; poco después la CONDESA DE NAVALCARAZO, con su hijo el Teniente de Artillería FELIPE DE ACUÑA y dos señoras; siguen los MARQUESES DE YEBENES y su hijo RAMIRITO; los de ARMADA con sus dos niñas; el DUQUE DE RUY DIAZ, en representación de su madre la Duquesa de Cardena; llegan otras personas de la nobleza heráldica y de la burguesía ricachona. Las señoras entran en la iglesia; permanecen los caballeros en el pórtico amplio, que convida á la formación de grupos parleros.

EL MARQUES DE ARMADA, señor de rostro flácido, estampa de la tristeza y el hastío.

Dime, Alfonso: ¿es cierto que te instalas en tu *latifundio*?

ALFONSO

Pasaré largas temporadas en el Horcajo, en Villafior y la Lastra, sin olvidar mi querido Pardal. Pienso combatir con el ejemplo el funesto absentismo.

ARMADA

¡Ah, el absentismo!... Lllaman así á nuestro despego del campo. Lo más triste es que también nos aburrimos en las ciudades. (Llevándole aparte.) Oye, Alfonso. (Su voz parece salir de un cántaro vacío.) ¿Harías tú un préstamo con hipoteca?

ALFONSO, acariciándose la barba.

No podré distraer fondos en negocios de esa clase. Tengo que emprender obras costosísimas...

ARMADA, alargando más el rostro macilento y ensordeciendo más la voz.

Me han dicho que Zenón de Guillarte coloca su dinero en préstamos. Pero sus condiciones parece que son brutalmente usurarias.

ALFONSO

Creo que también Nebrija da dinero á rédito... Ahora llega con sus hijas.

Acércase Cebrián, que á entrambos saluda. Armada entra en la iglesia y recibe agua bendita de los dedos glaciales de un señor para él descañonado. Es Ventura Nebrija. Ambos cruzan con agua bendita sus pálidas frentes, y se dirigen á tomar sitio en los bancos enlutados.

CEBRIAN, relamido y clásico.

Bien haya quien tan bien dispuso esta solemnidad funeraria. La grandeza, la hermosura y majestad de *Santa Eironeia* realzan el acto de piedad. El concurso escogidísimo hácelo más espléndido y más edificante. (Alfonso calla.) ¿Quiere usted que entremos? Yo tengo que hacer algo en la sacristía.

ALFONSO

Iré con usted. (Entra.)

Grupo de jóvenes.

FELIPE DE ACUÑA

¿Qué te pasa, Guillermo? ¿Hablas en verso?

GUILLERMO RIOS

He dicho: "toda júbilo es hoy la gran Toledo."

RAMIRITO

Yo diría más propiamente: "de sacro luto está *Santa Eironcia*."

RIOS

Sigue. Suelta otro endecasílabo: "y hueca pompa funeral nos brinda,"...

ACUÑA

En prosa digo yo que en vez de funeral debieron dar un baile. Estas farsas no convencen á nadie, ni aun á los actores, digo, curas.

RIOS

Ya está compuesto el suelto de periódico que dice: "Ha sido una verdadera manifestación de duelo."

ACUÑA, burlón.

¡Inmenso duelo! La pena mía, ¿sabéis cuál es? Ver á María Juana obligada á soportar esta *lata* horrible.

RAMIRITO

Y la mía ver á Beatriz pálida y melancólica, como recordando las virtudes de la mártir doña Juana.

ACUÑA

¡Hipócrita! No está melancólica la niña, sino alegre, echando de su rostro chispas de júbilo... Quien se acuerda de la mártir eres tú, que adoras sus reliquias, sus huesos venerables... ¿lo quieres más claro?... el *latifundio*.

RAMIRITO

Poco á poco... Ya sabéis que mi adoración de Beatriz es anterior á la herencia del *latifundio*. Sus padres y los míos ven con agrado esta inclinación... Y ella... ¡Ay! su candor, su timidez me enamoran más que su belleza... Anteayer comulgamos juntos... ¡Qué ideal pureza en su rostro angélico!

RIOS

En la iglesia estaba yo, y ví á la niña en éxtasis... Puedo asegurar que no era para el Sacramento toda su devoción: la compartía con un Teniente de Ingenieros que hacía la guardia en el pilar de la capilla de San Fernando.

ACUÑA

Fernando Coello. ¿Quién no sabe que es devoto de Santa Beatriz del Castañar, y que ésta recibe gustosa el culto del Teniente?

RAMIRITO

¡Tontos, cizañeros, mal pensados...!

RIOS

Sea lo que quiera, y haya ó no ingenieros en la costa, tú vas por buen camino, Ramirín;

no han de faltarte protecciones poderosas que te lleven al fin que ambicionas... Angel de pureza eres tú, como Beatriz... ¡Santa pareja! Pronto vuestras azucenas serán azahares. (Ramirito se pone colorado. Desciende de su coche y se aproxima al grupo el Duque de Ruy Diaz, primogénito de la Duquesa de Cardena. Es un joven de veinticinco años, guapo, elegante, educado en los Flaminios de Brujas.)

RUY DIAZ

¿Pero aún no habéis entrado? Yo creí llegar tarde.

RIOS

En estos besamanos de Su Majestad la Muerte, conviene llegar cuando todos los asientos están ocupados, y quedarse en pie, donde se pueda ver la andanada de mujeres bonitas.

RUY DIAZ

¿Y habrá oración fúnebre? Si la hay, no entro ni á tiros. Sería una *scie*, una *secatura*, una *lata* demasiado pavorosa.

AGUÑA

No habrá más panegírico que el que pronuncie cada cual en el púlpito de sus pensamientos. Aguardemos aún.

(Llegan al pórtico los parientes de clase humilde. Las señoras de éstos entran en la iglesia: algunas lucen mantillas primorosas, sacadas para tan alta ocasión de las viejas arcas. Otras, más pobres ó descuidadas, ostentan, como *Cayetana Yayú*, velo mustio con viso de ala de mosca. Los hombres forman grupo y apuran cigarrillos.)

BLAS SAMANIEGO, regordete, de bastón roten con puño de asta. Le cae la ropa negra como á un Cristo un revólver.

¿Conocías tú á la Casandra?

ROQUE VILLASANTE, mejor apañadito que el otro, con ropa bien cortada, aunque antigua. Ha sido alcalde de barrio y Presidente de un Comité Liberal-Democrático.

Una tarde la ví en el tranvía con el Rogelio... ¡Buena mujer!... Quiero decir que es guapísima.

BLAS SAMANIEGO

Y de pelo en pecho. ¡Dios!... ¡Cómo aseguré á la tía!

ROQUE VILLASANTE

Mujer más valiente creo que no ha nacido... ¿Crees tú que la matarán?

BLAS SAMANIEGO

¡Dios! sería un dolor... Veremos si le sale pena de muerte, ó *viceversa*, la absolución. (Acariciando el roten y chapando la colilla.) Yo jurado, ¡Dios!... digo que yo jurado... En fin, vamos á echarle un responso á la tía... que buena falta le hace. (Entrán.)

Interior de Santa Eironeia.

RIOS, franqueando la cancela.

“¡Vive Dios, que me espanta esta grandeza!...” ¡Sublime luto, imponente majestad de las cosas negras!

RUY DIAZ

El túmulo es grande, hinchado, fachendoso.

ACUÑA

Considerable armazón de palo, rellena de billetes y de acciones del Banco, y de títulos de propiedad.

RAMIRITO

No profanéis el ceremonial agosto... Ved el sin fin de luces que nos dan la impresión de almas penitentes, temblorosas, anhelantes de redención...

RUY DIAZ

Fijaos en el adorno de calaveras doradas... Veréis también unos como chorretazos de oro, que quieren ser lagrimones de fuego...

RIOS

Son el dorado llanto de los herederos y partícipes. Fijaos en el grupo de señoras... Tres filas de caras; las unas lindas, las otras patéticas, todas luctuosas dentro del nimbo negro y sutil de las mantillas... Avancemos... tratemos de coger sitio.

(Entrando con cierto desorden, se van colocando los señores altos y bajos, de mediocre ó de lucido pelo. En el primer banco están ya lasúa y otro sujeto respetable: pronto vendrán los primates que están en la sacristía. En el segundo vemos á Nebrija y al Marqués de Armada. No se hablan hasta que recíprocamente les presenta Rafael Vives (hermano de Rosaura). Entáblase repentina y cordial amistad entre el Marqués y el corredor de comercio. El primero hace gala de jovial cortesanía, que es el encanto del hombre triste, cegato y catarroso. Detrás

de este grupo forman su trunca Ismael, Zenón y Ríos. Ruy Díaz pasa al primer banco. Acuña y Ramirito se confunden con la innumerable caterva desconocida en que alternan ricos y pobres.—Al lado de la Epístola se extiende el campo estelar de señoras en variadas constelaciones, según la jerarquía social y estética.)

Sacristía.

Los sacerdotes, puestas ya las albas de ricos encajes, se aprestan á completar la vestimenta de rito negro. El Preste, listo ya, se pone la estola. Al Diácono nada le falta, y departe jovialmente con el Marqués del Castañar. El Subdiácono, que ha llegado el último, arroja un cigarrillo á medio fumar, y se viste de prisa y corriendo, terminando con la dalmática de áureos borlones.—Volando de flor en flor, de clérigo en clérigo, mariposea el señor de Cebrián, encareciendo con clásicas hipóboles la elegancia y regio aparato del funeral.—El Preste da una formidable tabarra al Marqués de Yébenes, pidiéndole que acuda con sus caudales á la erección de holgados beaterios para un monjío exótico, que en España nos hace mucha falta, pero mucha. Laméntase el Marqués de la ruindad y turbación de los tiempos, y del materialismo que, cual vampiro, chupa la fe de los españoles y los desangra de su piedad.—Viene bien decir aquí que es Yébenes un señor maduro y acecinado, de barba escurrida y ojos tristes. Arde en fervor ultramontano y papista, y su rostro expresa una hondísima pena, de esas que con nada encuentran alivio. La causa de su desconuelo es que no se restablezca la Inquisición, para poder quemar á gusto á los herejes, y de añadidura, á los que le deben dinero y á los empleados que no le ayudan en sus negocios.—Mientras el Marqués de Yébenes y el Preste se engolfan en consideraciones de un orden místico y crematorio, el del Castañar y el Diácono parlotean de cosas mundanas, rodeados de nubes olorosas. Los acólitos balancean los incensarios para activar la lumbre.

ALFONSO

Conforme aprieta el calor, las codornices dejan los sembrados y se bajan al soto.

EL DIACONO, embelesado en sus recuerdos.

¡Ay, caro don Alfonso... quién se viera en el Pardal! Los días que allí pasé en Octubre no se me olvidarán si mil años vivo. ¡Levantarme al amanecer... salir á la codorniz... á perro puesto...! ¡Qué delicia!

ALFONSO

Yo iré dentro de cuatro días. Véngase conmigo.

EL DIACONO

¡Si pudiera...! Pero está uno amarrado á la obligación. La caza es mi delirio... y perdone *Santa Eironeia*. (Obedeciendo á una indicación del Preste.) Ya salimos. Hasta luego, Marqués. (Salen al altar con bizantina pompa. Prorrumpen cantores y orquesta en armoniosa melopea.)

En el crucero.

ZENON, bajito á Ismael, ea la tercera fila de bancos.

Si yo fuera clérigo, me gustaría subir hoy al púlpito y hacer el panegírico de doña Juana... Diría que es un sér glorioso y benéfico en grado sumo, y que si viva nos hizo rabiar tanto, fué por probar nuestra paciencia y tomar la medida de nuestra fe...

RIOS, al oído de Zenón.

Está usted profanando con su charla licenciosa este acto solemnísimo.

ISMAEL, muy quedo á Guillarme.

No fastidies. Me estás distrayendo y quitándome la devoción. Déjame admirar la buena música y el esplendor litúrgico.

RIOS

Zenón, rece usted, aunque no sea más que de dientes afuera.

ZENON

Sí, hijo: rezaré para que á doña Juana la tengan bien trincada en el Purgatorio, y no la dejen salir.

ISMAEL

Cállate, sacrilego. ¡Estaría bueno que con las mil quinientas misas y todo este holgorio no la dieran de alta inmediatamente!

ZENON

Las misas y el *gori gori* de poco le valdrán... Lo que hay es que, como no podrán sufrirla, la pondrán en la calle lo más pronto posible. (Pausa. Permanecen callados hasta después de la lectura del Evangelio.)

RIOS

¿Sabéis si ha venido Rogelio?

ZENON

Habrá venido en representación suya y de su mujer. No le busquéis en butacas ni en palcos. Está de seguro en el paraíso, en el coro alto, con los músicos y cantores.

ISMAEL

Sí: paréceme que entre las voces atipladas oigo su voz hermosa de barítono... ¿Pero qué pisto musical es éste? De Palestrina han saltado á Mercadante, pasando por don Hilarión.

RIOS

Callaos, herejes. Ahora tenemos que arrodillarnos. (Pausa.)

ZENON, sentándose los tres.

¿Sabéis lo que he notado? Que ese maldito Nebrija, que parece un nigromante, me está quitando la clientela. El Marqués de Armada se pone muy baboso hablando con él... Sin duda han hecho trato.

RIOS

¿Se fijan ustedes en las chicas de Nebrija?

ZENON

Son, como el túmulo, armazones de palo admirablemente vestidas... Desde la herencia, han entrado en carnes... ó es que se rellenan la delantera con fajos de billetes.

ISMAEL

Atrévete con los huesos de Amelia, Guillarte. Para que puedas roerlos, ella te lleva dentadura de oro por valor de un millón de pesetas...

RUY DIAZ, en el primer banco, después de la consumación.

Esto es pesadísimo, querido Alfonso. ¿Por qué no lo dispusisteis con más brevedad?

ALFONSO

Chitón, Pepito. La Iglesia es aristocrática y ceremoniosa, y no nos perdonaría que celebráramos honras inferiores á nuestra clase.

RUY DIAZ

Pagarles mejor mientras más pronto acaben. Yo te juro que me aburro aquí más que en el Senado.

ALFONSO

Yo no me aburro en ninguna obligación, porque estoy muy hecho á ellas... y esto es como pagar la contribución, pagar las deudas y pagar las visitas.

RIOS, tercer banco.

Mirad qué distraídas están María Juana y Beatriz. Sus miradas vuelan del túmulo al coro, y aletean pestañeando entre las luces...

ISMAEL

Ved á mi pobre mujercita, que se ha quedado dormida. ¡Oh, Rosaura, inocente y discreto ángel!... La pobre pasó en vela casi toda la noche, arreglando los trajecitos nuevos de nuestros chiquillos.

RAMIRITO, cuarto banco.

Aburridas están las niñas del Castañar, y su madre qué imponente. Aun en tan tierna ceremonia no abandona el ceño de *Lady Macbeth*.

ACUÑA

No te consiento que pronuncies esa denominación. Podrán oírla los que no comprenden su carácter festivo... creerán que s y yo quien la dice... Algún disgusto han tenido ya mi madre y Clementina por ese remoquete, que no es más que una broma. (Comienzan los resposos.)

ZENON

Este *Dies iræ* le pone á uno carne de gallina, y le adormece en una modorra fúnebre. (Inclina la cabeza hasta tocar con la barba en el pecho.)

RIOS

¿Duerme ó medita el buen Guillarte?

ZENON, soñoliento y atontado.

El becerreo de los cantores, el ritmo trotero del *Dies iræ*, me oprimen el corazón... Siento que me llevan en andas, arreándome con salmodia. (Cierra los ojos.)

ISMAEL, á Ríos.

Déjale que descabece un sueñecito...

ZENON, en un letargo breve.

Me siento sepultado, y desde mi cama de tierra oigo el gotear de una lluvia lenta... El suelo es mi techo... Oigo el paso de los sepultureros que se alejan... se van á cenar... Y yo me pregunto: "¿qué cenarán?... (Vivamente, des-pabilándose.) ¿Pero se acaba esto?... Sáquenme de aquí... ¡Me ahogo!... Ismael, ¿estás vivo tú?

ISMAEL

Hijo, sí: vivo me tienes. Estoy mirando al Duque de Ruy Díaz, que marca el compás de los cánticos tamborileando en su sombrero... Esto se acaba... Rompan filas... Voy al encuentro de mi pobre Rosaura, que está muerta de cansancio y medio asfixiada en esta atmósfera pesada, espesa...

La nota final alegra todas las almas. ¡Ay, qué gusto poder moverse, salir de aquel antro tenebroso, pestífero, y devolver la luz á los ojos, á los pulmones el aire! En la confusión que se produce por la prisa con que caballeros y señoras abandonan sus puestos, las clases sociales se rozan, se ensarzan, como pólipos que cruzan sus tentáculos en enmarañado revoltijo. Resulta de esta confusión que Blas Samaniego, Roque Villasante y uno de los Berdejos tienen el honor de ser saludados con figura exquisita por el Marqués del Castañar, que les pregunta por la familia, y se entera graciosamente del buen giro de los negocios de cada uno de ellos. Aprovecha Samaniego esta coyuntura para recomendar al prócer que se encarguen algunas misas (de las mil y quinientas) á su primo Gonzalito, capellán de las Carboneras. Acoge don Alfonso con benévolo asentimiento petición tan justa. — Por otro lado, Clementina, lastimada por los puntagudos codos de Cayetana Yagüe, se vuelve, la saludada, y entre las dos señoras se cruzan remilgadas expresiones de afecto.

Pónese en movimiento, entumecido y atontado, Zenón el Cínico, rezongando un discurso; sus pasos inciertos le llevan por el centro del crucero, donde se alza el catafalco entre blandones; trompica, se tambalea, cae contra la base del túmulo, y al golpe de su dura cabeza socrática responden las maderas de aquel vacío armatoste con un ruido seco y fúnebre. Le levantan Ismael y Ríos, y él,

más aturdido, sólo dice: «Creí que se abría la tierra...» La explosión de risa, efecto natural de las caídas súbitas, es sofocada por las personas graves, que nunca olvidan la santidad del lugar. Pero la juventud no puede contenerse, y singularmente María Juana y Beatriz se ven muy comprometidas, por ser ambas impotentes contra la tentación de risa cuando ésta se presenta con todo su ímpetu fisiológico. Llegan al pórtico oprimiéndose boca y nariz con el pañuelo, congestionadas, lagrimeando. Sin quererlo se contagian otras muchachas, y hasta los palos vestidos, Amelia y Casilda, son tentadas á regocijarse. Las señoras más circunspectas acaban por expulsar de sus rostros la forzada seriedad.

La presencia de Zenón concita mayor escándalo. Sale de la iglesia cojo, aturdido y con un chichón en la frente. Cuenta y explica el suceso de este modo: Se le iba la cabeza; cortinones y luces giraban en derredor de él. Púsose el hombre en marcha con gran debilidad de piernas; buscaba algún objeto á que agarrarse... al pasar junto al túmulo, pisó una alfombra de paño negro, que se le presentó como profundo abismo... echóse atrás; quiso agarrarse á un blandón... resbaló el pie... cayó cuan largo era... El golpe fué duro y sonante; mas la contusión no era de cuidado.—Disputábase el llevarle en su coche los del Castañar, los de Armada y Ruy Díaz. Este puede más.—Disuélvese el enlutado concurso, partiendo unos en coche, otros á pie, por las calles que convergen á *Santa Eironía*. Todos respiran satisfechos, alabando á Dios Misericordioso y Providente, gozando de la claridad y calor de un hermoso día, y recreándose en el estímulo vital que sienten en su cerebro y en su corazón. ¡A trabajar, á vivir

ESCENA VIII

Cárcel de mujeres.—Sala-locutorio

CASANDRA, RIOS, una HERMANA DE LA CARIDAD

CASANDRA

Señor de Ríos, es usted muy bueno, demasiado bueno quizás... (Ríos protesta con modestia) y quiere hacerme á mí mejor de lo que soy.

RIOS

Mi conciencia cristiana y mi dignidad profesional me obligan á emplear todos los recursos del entendimiento para obtener la absolución libre. (Casandra, incrédula, deniega.) Tenga usted confianza, y déjese querer, déjese defender... Oigame atenta. Habrá nueva indagatoria, y es preciso que usted se fije bien en lo que ha de decir al juez.

CASANDRA

Pero no puedo declarar cosa distinta de lo que...

RIOS, vivamente.

No, amiga mía. Se trata de que la declaración primera y la segunda resulten en perfecta congruencia psicológica y moral. (Casandra quiere hablar; no la deja.) Al palacio de doña Juana llegó usted encendida en cólera, pero sin la intención de matar. No hubo premeditación. Usted se creyó víctima de las marrullerías perversas de aquella mujer sin corazón.

CASANDRA

Así iba, así entré en el palacio... Pero yo llevaba junto á mí un demonio familiar que me decía: "matar, matar.,,

RIOS

Fué alucinación, ráfaga de locura. De eso no se hable... La idea homicida, digo mal, el ardiente impulso instintivo, no estalló en usted hasta el momento de negarle doña Juana la devolución de los niños.

CASANDRA

Creo haberlo dicho así. El demonio que sentí al lado mío no entró en el palacio, sin duda porque en él había tantas imágenes y cruces.

RIOS

Sea lo que fuere, el impulso de matar brotó en el momento que digo.

CASANDRA

Yo le aseguro á usted, señor de Ríos, y esto es tan verdad como los rayos del sol que entran por esa reja, que cogí el cuchillo sin darme cuenta de lo que hacía... Fué como si una mano invisible lo pusiera en mi mano...

RIOS

Usted, en suma, obraba fatal y automáticamente... Fué usted leona que defiende sus cachorros.

CASANDRA

Justo: con la leona me comparo.

RIOS

Quedamos en que si doña Juana se hubiera mostrado benigna y piadosa, usted no habría cogido el arma...

CASANDRA

Otra cosa, don Guillermo... Yo creía que mis hijos estaban en el palacio, que los encontraría al lado de doña Juana. La idea de que me los habían recluso en algún encierro lejano y obscuro, me encendió más la ira, me lanzó al delito y al goce de la venganza...

RIOS

Muy bien... Ese estado anímico es de un valor grande para la prueba. Hay algo más. La herida que recibió doña Juana en la región torácica no era mortal de necesidad, ni mucho menos. Los forenses han declarado que doña Juana murió de congestión cerebral, producida por el terror, por la violencia de la caída. La diátesis congestiva era en ella bien clara... Adelante. Entre las causas de la furia de usted, debemos incluir el amor á Rogelio, que ha demostrado no ser digno de tanta fidelidad y constancia.

CASANDRA

El amor á Rogelio es y será siempre un móvil poderoso en todos mis actos. Yo había creído que doña Juana, como persona religiosa con pretensiones de santidad, me casaría con Rogelio. Era éste mi deseo más vivo. En mi primera entrevista con la señora, así me lo dió á entender. Su hipocresía rancia le facilitaba

la simulación de los afectos... Me hizo creer que me amaba cristianamente y que se interesaba por mí. ¡Mentira todo! Luego... ya vió usted lo que hizo. Deslumbrando á Rogelio con el brillo del oro, pescándole con aquel cebo como á un pobre pececillo, le movió á separarse de mí, llevándose los hijos y casándose con una señorita santurrona, desgarbada y fea. (Sollozando.) Esto me ha herido tan en lo vivo, que para mí no hay consuelo.

RIOS, tragando saliva.

Serénese, Casandra, y explíqueme la índole y calidad de ese amor... de su amor á un hombre que no lo merece. Este dato es para mí interesantísimo.

CASANDRA, horiqueando.

Si cree usted que este amor mío á un hombre desventurado me perjudica para la defensa, renuncie á defenderme y entrégueme al rigor del Tribunal que ha de juzgarme. Sí, sí: quiero á Rogelio, á pesar de sus defectos, quizás por ellos, por sus propias debilidades ó imperfecciones. Yo, queriéndole, le amaestraba; yo le corregía; yo le iba sacando de sus vicios, alimentados por su imaginación de poeta y por sus hábitos de vagabundo.

RIOS

¡De modo que el amor de usted es inalterable, superior á todas las pruebas, á la traición misma, y á las locuras de un hombre incapaz de apreciar el tesoro que en usted poseía!

CASANDRA, protestando sin dejar de llorar.

Sí lo apreciaba; apreciaba su tesoro. Yo defendiendo á Rogelio, como usted me defiende á mí. Rogelio me ama y me amará siempre. Le conozco: soy su maestra. Es una imaginación desquiciada, una voluntad tempestuosa... Adi-vino todo lo que siente y piensa. Sé... lo sé como si lo viera... sé que está horriblemente atormentado por los remordimientos... El mal que me ha hecho lo llorará como yo lo lloro. Su delirio de riquezas, bien lo ha pagado ¡pobrecito! No serán sus suplicios inferiores á los míos. Somos dos condenados que expiamos nuestras culpas en distintos infiernos.

RIOS, pálido, sintiendo que cae sobre su corazón una gota fría, y después otra y más, con ritmo siniestro.

Pedí ese dato del amor de usted, creyéndolo pasión mal correspondida, pasión ilógica, error manifiesto de su alma, y como tal pensé que me serviría para la defensa. Pero usted ahora me lo presenta como llama inextinguible, perdurable; amor que por su exquisita calidad espiritual, altruista y cristiana sale de la esfera vulgar para entrar en la sublime.

CASANDRA, mirándole al través de sus lágrimas

Y ya no le sirve...

RIOS, rehaciéndose con caballeresca abnegación, sin dejar traslucir en su rostro el inmenso desmayo de su espíritu.

Sí que sirve, Casandra. Lo utilizaré con argumentos distintos de los que había pensado. Sabré aplicar á la defensa esta fuerza heroica

que he descubierto en el alma de usted. (Se oprime los ojos con la palma de la mano.) Veo lo que no veía... algo que me perturba y me desconcierta. (Destapándose los ojos.) Pero no importa... Cumpliré como debo... Usted no entiende esto, Casandra. Son contratiempos de abogado. Las ideas luchan en nosotros... nos hunden... nos levantan.

LA HERMANA DE LA CARIDAD

Un señor, que desea hablarte...

CASANDRA

Visitas de curiosos ó de periodistas, ya sabe usted que no quiero, Hermana.

LA HERMANA

Es un señor de campanillas, digo, de mucho respeto: el señor de Cebrián.

RIOS, vivamente.

Recíbale usted.

CASANDRA, suspensa, temerosa.

¡Cebrián!... Ver á ese hombre es ver á doña Juana.

RIOS

Tenga usted valor y sobrepóngase á su repugnancia. Lo que ese señor diga, lo que traiga, ya en su intención, ya en su palabra, es forzoso que lo sepamos. Si hace preguntas referentes al hecho del sumario, niéguese usted á responderle... Sí, Hermana, que pase ese señor. Yo me retiro... Hasta mañana. (Salen.)

ESCENA IX

CASANDRA.—CEBRIAN

CEBRIAN, cortés, severo, compasivo, respetuoso con la desgracia.

Diría que se ha turbado usted al verme, y que mi voz y mi presencia le causan alguna desazón... Tranquilícese. Lo que hoy aquí me trae no debe ser para usted motivo de mayor pena; más bien lo será de consuelo. No soy de los que visitan á los procesados para consolarlos con vanos melindres sentimentales, que debilitan sus almas quitándoles espacio y energía para el arrepentimiento. (Casandra continúa muda. Cebrián saca de su bolsillo el sobre que contiene los diez billetes de mil pesetas enviados por doña Juana á Casandra, y que ésta devolvió á la señora.) ¿Conoce usted esto? (Muestra los billetes.) ¿Y esto?

CASANDRA, estupefacta.

Sí, señor... Me lo entregó Rosaura... lo devolví á... le dije que me lo guardara.

CEBRIAN

Yo lo encontré en el cajón de la mesita... de aquella mesita... En una palabra, me consta que este dinero es de usted. Cuando la señora me lo pidió indicándome su destino, yo metí los billetes en ese sobre... La señora escribió... ésta es su letra... "Para Casandra... Como soy extremadamente riguroso en cuestiones de de-